

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

En la prensa antillana se ha agitado estos días la cuestión de la probidad de algunos gobernantes, y con tal motivo se ha hablado y escrito largo y tendido acerca de esta cuestión, planteándola crudamente respecto á cuantos ejercen ó ejercieron poder, sean monarcas, sean presidentes de República.

Se arguye que es difícil realizar negocios fabulosos dentro de los sistemas constitucionales; y al demostrarse que cabe realizarlos, la demostración, muy en primer término, iría contra el régimen, que ni aun esto garantiza. Si dudásemos de que, en el fondo, no cambian los tiempos tanto como parece, nos persuadiría el ver resurgir la vieja acusación ciceroniana, la que fué, es y será arma política desde Roma hasta hoy, y que, no lo niego, rara vez se ha probado de un modo inequívoco, pero flota como sombra ó niebla turbia alrededor de tantos personajes históricos y de tantos episodios de la vida administrativa, la más importante acaso.

Nadie ha olvidado el Panamá francés; nadie ignora bajo qué sospechas, ó mejor certezas, no ya de concusión, sino de robo franco, cayó el Directorio, menos detestable, pero más impuro y corrompido que el Terror; nadie desconoce los escándalos de la concusión en Inglaterra; y por lo tanto, nadie habrá de sorprenderse, si esas Repúblicas que van formando poco á poco su conciencia nacional, ven por doquiera defraudaciones y negocios ilícitos, y acusan, por turno, á los presidentes que caen, que fallecen ó que han cumplido su período de mando legal y lo abandonan. Los herederos de Estrada Palma han tenido que demostrar que la fortuna del presidente le pertenecía desde mucho antes de ejercer el cargo. Porfirio Díaz llegó á ofrecer un cheque por valor de cuanto se le acusaba de haber defraudado, al que le probase la defraudación. En los Estados Unidos se está depurando ahora una acusación de peculado por valor de seis ó siete millones de duros, una bica, como se ve. No son los países de la vieja Europa solamente los que tienen algo que huele á podrido, algo que convendría sanear.

Que la política, por lo común, es oficio en el cual gana la hacienda, mal pudiera negarse. Yo doy de barato que no cometen irregularidades los políticos, ó al menos la inmensa mayoría. Pero ahí están los hechos. Entre los que se dedican á la política, hay personas de muy modesta posición. Lentamente, y en ocasiones aprisa, aquel sujeto que nada poseía, excepto una carrera, aparece con un caudal respetable, que va aumentando, á remanso, como quien no hace nada. No cabe decir que sea por malos medios: no: las cosas no son así: son de otra manera. Sin cometer delito alguno, como se dispone de recursos de influencia, relación y amistad, la situación mejora. Milagros de esta naturaleza no los hace ningún santo, y alguna racional explicación ha de tener el incremento misterioso y la prosperidad continua. A otros mortales no les crece la bolsa; al contrario: los tributos, siempre en aumento, la estrujan y reducen. ¿Quién no ve lo ocurrido con el impuesto de Consumos? Se ha embrollado de tal suerte, que se paga mucho más, y las subsistencias (como hasta la saciedad se viene repitiendo), cuestan igual; la vida no es menos cara, ni para el rico, ni para el pobre. Con la mayor naturalidad acaba de decírmelo el secretario del Ayuntamiento de la villita más próxima á mi residencia: este año, pagarán los labriegos doble de lo que pagaban por consumos. Eso sí: tendrán el gusto de que la contribución se llame de «utilidades.» Y siempre eso consuela. Da idea de que hay algo útil en nuestra vida.

Así pues, mientras diaria y suavemente se redon-

dean algunos políticos, se exprime más y más el límon de las contribuciones, y la gente emigra: tres mil personas en un día solo. Y yo sigo creyendo que los políticos no cometen ilegalidad alguna; que es la misma fuerza natural de las cosas, la situación de que disfrutan, la que les arregla, por decirlo así, el problema económico, que para otros se desarregla, y la que hace crecer, como masa con levadura, sus rentas, capitales, empresas y tráfico.

Nada hay en ello de ilícito, ó por lo menos, (sin negar que pueda haberlo alguna vez), confesemos que generalmente no lo habrá. Dentro de lo permitido queda ancho campo. ¡Son tantas las proporciones y facilidades que la política otorga! ¡Suda tanto, perdónese el familiarismo, la política! Los sueldos, por ejemplo; he ahí una fuente de ingresos bien clara, honesta. Se acumulan; un solo individuo disfruta de tres, cuatro, hasta de una docena. Cómo puede ser, lo ha dicho la prensa muchas veces: sueldos compatibles. Esto tiene un nombre, gráfico, gracioso: á tales sueldos llaman *brevas*. También se conocen por *monios*. Se habla de eso sin enojo, humorísticamente. Nadie lo lleva á mal. Es ya cosa admitida.

Como para todo se encuentran teorías á mano, la historia tiene una: la de la adquisición de fuerza que el dinero representa, y se impone á los que han menester, para mandar, ser fuertes. Ahí está, Napoleón Bonaparte, que, (como sabemos fidedignamente por *Madama Sans Gêne*, ó sea, en castellano, *Madama* qué se me da á mí), no tenía, en los comienzos de su bonita carrera, con qué pagar las cuentas del lavado y planchado de su ropa blanca, salió de la aventura europea en que se metió, con una buena porrada de millones. Claro que tuvo su lista civil; sin embargo, no debió de limitarse á eso. Era fuerza lo que necesitaba, y la adquirió. Cada vez, por desgracia, va el dinero definiéndose más como fuerza. Napoleón lo sabía.

No creo que llevase el mismo objeto el pacífico emperador del Brasil, del cual se afirma que abandonó el trono teniendo muy colmadas las faltriqueras. En cambio, otros reyes destronados podrían, (si no les faltase esa fuerza almacenada), conspirar un poco. Acaso la tentativa de restauración monárquica de Portugal se ha ido al foso por falta de dinero. Ya sabemos la opinión del Corso: el dinero es el nervio de la guerra, y de las conspiraciones también. Sin dinero, no hay idea, no hay principio, no hay opinión, no hay aspiración moral que cuaje. Los *contos de reis* eran indispensables para que marchase el plan. Y acaso no los tiene de sobra el joven D. Manuel, ni los interesantes príncipes de Braganza.

Volviendo á los políticos, ellos gozan de privilegios singulares. En lo económico, mil modos de valerse, sin que de ningún Panamá se trate; en lo social, no hay gente más halagada; desde los viajes gratuitos y los *breaks* de Obras públicas siempre á disposición, hasta los banquetes suntuosos y los obsequios como de príncipes, todo se les brinda, todo se les prodiga, lo mismo que si los países les debiesen prosperidad y abundancia en lo interior, y mucho brillo y gloria en lo exterior. Y, por si no bastase, se les consagran estatuas y monumentos, lo mismo que si, dentro de veinte años, alguien hubiese de acordarse de sus nombres...

Se quisiera, encima de todo, regalarles fama póstuma. Y eso sí que no se logrará, salvo algunas, bien contadas excepciones. Hemos llegado á un período curioso: al de las estatuas anónimas. El mármol que Grecia consagró, primero á los Dioses, luego á los Héroes que todavía, ahora, invocamos por modelo de altísima significación histórica y espiritual, nosotros, generación menguada, lo dedicamos á los que tuvieron en el Congreso un grupito, ó ni aun eso tuvieron, sino una tajadilla de presupuesto, que ofrecer para cualquier necesidad material de una población...

Comprendo que estas consideraciones revisten un tono pesimista. Y sin embargo, materia es la tratada en que lo mejor siempre se queda en el tintero. Prefiero pasar á otro capítulo.

## Al capítulo de piratas...

La piratería es cosa que no encaja en la vida contemporánea, por más que aun existe muy decaída de su antiguo esplendor, en ciertos mares y en ciertas latitudes; acabo de leer que unos piratas salvajes apresaron á unos marineros y se los comieron, no sé si en salsa, y más bien creo que al asador sencillamente. Porque en nuestro abigarrado planeta, en el actual momento de la evolución humana, subsisten, al lado de las sociedades benéficas y las corrientes misericordiosas, auténticos antropófagos. El antiguo rito se cumple en diversos países del globo, y un escritor anarquista de talento, Carlos Malato, al tocar este punto en sus descripciones de la Nueva Caledo-

nia, no manifiesta la menor repugnancia, y encuentra que en la sociedad civilizada hay cosas peores; que vale más nutrirse de los muertos, que matar á los vivos. Como se ve, para todo hay gustos, y ninguna opinión carece de adeptos.

La piratería, antaño, era un oficio lo mismo que otro cualquiera; un poco más arriesgado, pero generalmente lucrativo, y siempre emocionante. Llamábanse á sí mismos los piratas «caballeros de fortuna.» De la piratería salieron las marinas de guerra y mercantes de Inglaterra y Holanda, cebadas con despojos de galeones españoles.

Dícese que, de estos caballeros de fortuna, la inmensa mayoría murió en la flor de los años, y en alto lugar: en la horca. Algunos, después de haber echado á pique navíos, pasando á cuchillo sus tripulaciones; de haber entrado á saco en pueblos que redujeron á cenizas; de haber reunido inmensos tesoros, tuvieron que ocultarlos en algún rincón ignorado de la costa, y, sorprendidos por la muerte, no pudieron revelar el secreto á nadie. Las malas hierbas, la densa vegetación de los sitios inhabitados, creció sobre el escondrijo, y sólo una rara casualidad pudiera hacer que apareciesen las riquezas perdidas allí. De esto proceden leyendas, consejas, novelas tan interesantes como *El escarabajo de oro*, de Poe, cuyo héroe es el célebre pirata Kidd, y también sobre esta base se han urdido esos timos del entierro, ya muy pasados de moda.

A esos piratas cuyo objeto era combatir á España en el Nuevo Mundo, los gobiernos de Europa desecaron de reducirnos al estado en que por fin nos encontramos ya, les alentaban y protegían. Poco les importaba que cometiesen actos de crueldad espantosa; la crueldad no ha solido preocupar á los gobiernos de esos países que se proclamaban heraldos de la civilización, si convenía á sus intereses. Filibusteros, bucaneros y hermanos de la Costa, gente la más desalmada que se conoce, recibían cartas patentes, la consagración oficial de Francia, Holanda y la Gran Bretaña. Luis XIV, en la expedición contra Cartagena de Cuba, los tomó por auxiliares. Inglaterra fué más allá: les dió títulos de nobleza, los igualó á los Pares del reino. Ejemplos de escrupulos no suelen abundar en la historia. Carlos II, de Inglaterra, hizo al famoso y sanguinario Testa Roja gobernador de la Jamaica. Se trataba de destruirnos, y eran buenos todos los medios, y útiles todos los hombres.

Los que hablan de nuestros «aventureros» como si fuesen algunos monstruos con figura humana (cuando en realidad eran conquistadores para poblar, para establecer la regularidad social), se callan que los filibusteros, nuestros enemigos, llevaban consigo el espanto; que eran verdaderos enemigos del género humano, y que su pabellón negro, con tibias cruzadas y una calavera, decía bien el espíritu que los animaba, las leyes á que obedecían. Llevaban además en la frente lo que puede llamarse «el signo de la bestia,» la marca horrenda del Apocalipsis: atacaban, despojaban, destruían igual á los buques tripulados por gente de su patria, que á los de otras nacionalidades.

He aquí otra señal de que la política no conoce sino la fuerza. Gobiernos europeos que entregaban al saqueo, al incendio, á las violencias más horribles, las costas del Nuevo Mundo, procedían por móviles políticos. Esgrimían toda clase de armas, porque ninguna es mala, si hiere; es decir, practicaban el sistema de Maquiavelo, que en las puritanas naciones protestantes sería de fijo reprobado verbalmente, condenado con derroche de cristiana y moral elocuencia.

El mundo es así, y así probablemente continuará siendo: en sus grandes líneas, la historia se teje por intereses, rara vez por consideraciones de orden más elevado. La perfidia que se desplegó contra nosotros bajo la Tudor y bajo Luis XIV, sigue desplegándose, por gobiernos que parecen representar un sentido democrático, y hasta, en su pretensión, humano, en los asuntos asendeados de Marruecos.

Nosotros, desde el siglo XVII, en cambio, hemos vivido con excesiva buena fe. No se puede ser así. Hemos desdenado rechazar ó depurar las acusaciones que se nos dirigían, desde la manida acusación inquisitorial, hasta la del Maine, tan infantil, que se hubiese puesto en claro en un día. Y es que tenemos la convicción de que vivimos la fábula, muy conocida, del Lobo y el Cordero. Yo pienso en esto, al recordar, por asociación de ideas, esos piratas que alguna vez que otra asoman, ya sin barcos, ya sin bandera, con solo el instinto de la rapiña y la sangre, como los salvajes de que antes hablé. El hombre suele ser lobo, como dice el axioma, para el hombre. ¡Ay del que tiene lana blanca y balido dulce!

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.